

EL DILUVIO

SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Logroño, un mes, 0'25 céntimos.
 « trimestre, 0'75 «
 « año, 3 pesetas.
 Fuera, trimestre,
 pago adelantado, 1 «
 Anuncios desde 0 25 en adelante

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

PUNTO DE SUSCRIPCIÓN.

En el establecimiento tipográfico
 librería y objetos de escritorio de
 D. Ricardo M. Merino, Portales, 76.

Toda la correspondencia debe diri-
 girse al Director.

Número suelto 10 céntimos.

Número suelto 10 céntimos.



EN LA ESCUELA.—(Escultura de Rafael Galán.)

Ayuntamiento de Madrid

Actualidades

¡Cualquiera se arranca ahora por crónicas!
Si á lo menos fuera por villancicos...
Y cuidado que estoy de canciones de «actualidad» hasta aquí,
(señalando al occipucio).

Todos hemos sido chiquitines; pero yo creo, piadosamente pensando, que en mis primeros años no metíamos tanto ruido. Los chiquillos de ahora, en cuanto llega esta época del año, se dedican á arrancar las más sonoras y retumbantes notas á los pastoriles instrumentos, y no hay mortal que los resista.

Las criaturitas sólo son comparables á los pianos de manubrio, y gracias—no hay de qué—á sus aficiones líricas, es imposible vivir.

Tengo yo unos vecinitos que, con el plausible motivo de dar la serenata delante del portal de Belén, han colocado el nacimiento en el portal de casa, y allí se pasan el día cantando y tocando, mientras los vecinos tocamos también el cielo con las manos.

Ayer tuve precisión de saltar por encima del armatoste de los niños, y por poco si coloco mi profana planta encima del palacio de Herodes.

¡Herodes! Si tú levantarás la cabeza y vieras el portal de casa en estos días!

Pero no, no levantes tu coronada testa; duerme en paz y dichoso tú.

Aquí ya no podemos ni pegar los ojos.

La triste noticia del asesinato del teniente coronel D. Joaquín Ruiz va siendo ampliada con nuevos y terribles detalles.

No ha muerto, no, el valeroso militar español que se confió á los capitanes de las salvajes hordas de Cuba, del modo como se dijo en un principio, ni tampoco rodó su cuerpo al mismo tiempo que el del cabecilla Aranguren.

El oficial español ha muerto ahorcado, y el cabecilla vive aún al frente de su partida, mandando las mismas fuerzas que mandaba, deshonorando la tierra en que nació, y conspirando traidoramente con las armas en la mano contra la integridad de España.

En medio de todo tienen razón los mambises, que en su soberbia creen luchar por una guerra de independencia cuando emplean sus traiciones en desdoro de la Metrópoli.

Tienen razón; no deben ser españoles los que así asesinan á mansalva á un indefenso soldado.

Los españoles no somos tan miserables ni tan cobardes.

**

Para ocupar la vacante del Sr. Cánovas del Castillo en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, ha sido elegido D. Juan Valera, cuya recepción oficial se celebrará pasadas las Pascuas.

Observo que ya no se preocupan tanto las gentes como antes con las cosas de las Academias.

Verdad es que el oficio de académico ha venido muy á menos y que hace algún tiempo que las Reales y doctas Corporaciones no publican ninguna obra monumental.

Ni siquiera un apéndice al Diccionario.

Por ahora, sólo publicarán algunas de estas cosas, el anuario y la lista de señores académicos.

Algo es algo, y más vale un buen anuario que una mediana Antología.

Por supuesto, que de algún modo habíamos de vengarnos los españoles de las infamias que con la patria están cometiendo algunos cubanos.

En este punto, la Academia de la Lengua les ha castigado, incluyendo en la famosa colección de poesías habaneras algunas guajiras, capaces de hacer llorar al propio Máximo Gómez.

¡Me alegro!

**

En este crítico momento, los niños de la vecindad reanudan su interrumpido concierto.

Ya me lo daba el corazón.

El rabel y la zambomba que suenan en el patio confunden su sonido con los cantos de la calle y la algarabía que están metiendo en el portal otras criaturitas; ahora la han emprendido con las chicharras, un instrumento capaz de achicharrar al menos combustible.

¡Dios nos asista! La sierviente del segundo principia á machacar las almendras para la sopa y á cantar la Nochebuena: otra chicharra.

Acabemos y ¡á la calle!

¡Hosanna, hosanna! y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Candela.

LA ETERNA CANCIÓN



Aquí venimos
como otros años
todos nosotros
en comisión,

á que nos larguen
el aguinaldo,
si usted comprende
su obligación.

CONSOLATRIX AFLICTORUM

Do quiera que incansable he perseguido
la dulce calma, y con amargo acento
revelé de mi pecho el vil tormento,
me arrastró el huracán con su rugido.

Cinco lustros por mí ya han transcurrido,
entre ayes de dolor... ayes sin cuento,
pues de mi vida ya el primer aliento
para trocarse fué en primer gemido.

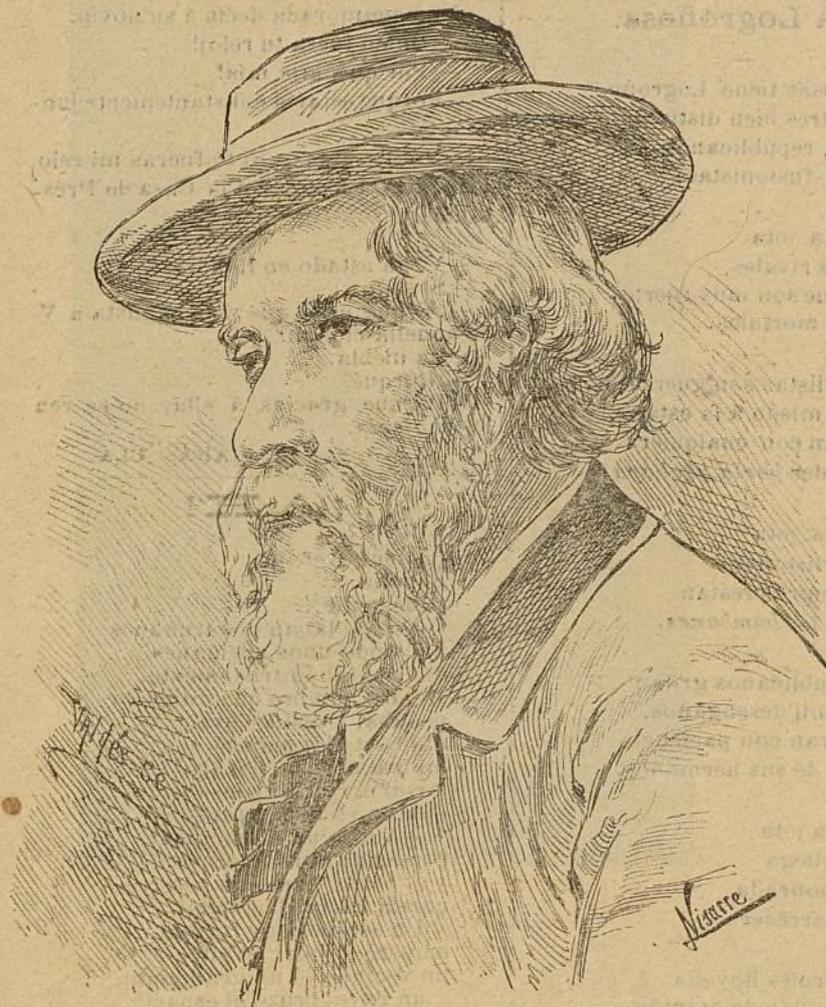
Hoy, más que ayer, mi corazón se agita,
y ante la voz que llega á mi conciencia
cual toque santo que á la paz invita,

la muerte imploraré, que su clemencia
á mi alma le dará gloria infinita...

¡mal que le pese al hombre y á su cencial

Rey Orge.

ESCRITORES EMINENTES



ALFONSO DAUDET

LA NOCHEBUENA

I
Son hija y madre; y las dos
Con frío, con hambre y pena,
Piden en la Nochebuena
Una limosna por Dios.

II
—Hoy los ángeles querrán—
La madre á su hija decía,
—Que comamos, hija mía.
Por ser Nochebuena, pan.

III
Y al anuncio de tal fiesta,
Abre la madre el regazo,
Y sobre él á aquel pedazo
De sus entrañas acuesta.

IV
Al pie de un farol sentada,
Pide por amor de Dios...
Y pasa uno... y pasan dos...
Mas ninguno le da nada.

V
La niña con triste acento:
—Pero ¿y nuestro pan?—decía.

—Ya llega—le respondía
La madre... y ¡llegaba el viento!

VI
Mientras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentío,
La niña llora de frío,
La madre pide llorando.

VII
Cuando otra pobre como ella,
Una moneda le echó,
Recordando que perdió
Otra niña como aquélla.

VIII
—Ya nuestro pan ha venido—
Gritó la madre extasiada...
Mas la niña quedó echada
Como un pájaro en su nido.

IX
¡Llama... y llamal... ¡Desvarío!
Nada hay ya que la despierte:
Duerme, está helando, y la muerte
Sólo es un sueño con frío.

X
La toca. Al verla tan yerta,
Se alza; hacia la luz la atrae,

Se espanta, vacila... y cae
Aplomo la niña muerta.

XI

Del suelo, de angustia llena,
La madre á su hija levanta...
Y en tanto un dichoso canta:
¡Esta noche es Nochebuena!

Ramón de Campoamor.

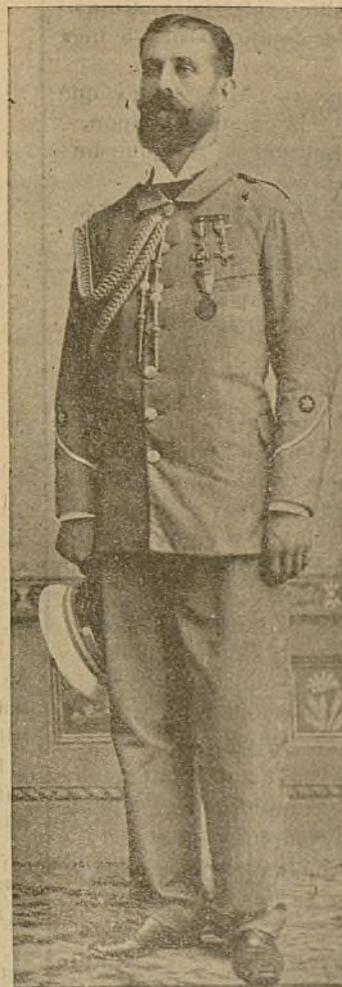
PARALELO

¡Quisiera, dulce bien, que me quisieras:
quisiera que sufrieras mi tormento
y el fuego amante que en el pecho siento
sólo por un instante lo sintieras!

¡No tan esquiva y desdenosa fueras
ni despreciaras mi amoroso acento,
y este amargo y terrible sentimiento
nunca al olvido, bella ingrata, dieras!

¡Lo que á gigante encina; débil caña:
lo que el mustio lucero triste y frío
al sol ardiente que los mundos baña:
lo que la fuente al candoloso río:
lo que el grano de arena á la montaña
es tu amor comparado con el mío!

José Jackson Veyán.



D. JOSÉ LINARES MENA,

Segundo teniente de Caballería, ayu-
dante del general Molina. Se ha
distinguido en gran número de
combates.

¡POBRES VÍCTIMAS!

(DECORACIÓN. COCINA DE CASA GRANDE)

La cocinera.—Pavos, patos, perdices, faisanes, capones, besugos, ostras.

Faisán.—Es horrible el fin que nos espera, Si yo supiera escribir, con mi pluma de oro ganada en un certamen, haría una oda titulada *Dura lex*, y si había pluma de premio, no me quedaba ni pluma.

Pato.—En el certamen, no; pero en manos de la cocinera te quedarás sin pluma y cacareando.

Capón.—Eso, como el gallo de Morón. A mí se me hace carne de gallina al pensar en el suplicio.

Pavo.—¡Oh, dolor, dolor, dolor!

Besugo.—Yo estoy muy escamado; me parece que soy la primer víctima. ¡Y cómo me ha reconocido la cocinera! Ya sabéis lo *del ojo claro*. Cómo me lo miraba.

Perdiz.—Y á mí, ¡cómo me olía!

Ostra.—Si yo supiera pensar, no me hubiera desprendido de la roca. Pero me limité á ocultarme, medrosa en mi concha y de poco me ha servido. (Entra la cocinera. Pánico entre las víctimas.)

Pato.—Ha cogido al capón, y le toca la pechuga.

Faisán.—¡Respiro! Mira, mira qué colorada se pone la cresta del capón.

Perdiz.—¿Cuchicheo? ¿De qué hablais?

Pato.—De la suerte de ese desgraciado. ¿No lo sientes?

Perdiz.—Ya se ve. Si fuera de mi familia; pero como es capón...

Besugo.—¡Ah, inhumana, digo humana!

Pavo.—¡Oh, dolor!

Faisán.—¡Qué ensañamiento! Me han dicho que cuando nos maten, lejos de ocultar el crimen, nos colgarán en la ventana de la cocina, para que sepan el crimen. Y que los vecinos que no hayan podido hacer lo mismo sentirán envidia.

Pato.—¿Es posible tanta crueldad?

Perdiz.—Mira lo que hace con el capón. ¡Herror! Arroja su cabeza.

Ostra.—Yo me escondo.

Besugo.—Yo no miro.

Pato.—Le voy á decir á la cocinera que no le hago nada si nos deja en paz, que puede hacer conmigo un pacto.

Faisán.—No metas la pata. que lo que hará contigo es *foi-grás*.

Ostra.—Eso, eso, patoso.

Pato.—¡Anda, la ostra!

Perdiz.—¡Silencio! El pavo dirá lo que debemos de decir á los que así nos matan y comen.

El pavo.—¡Glo, glo, glo... tones.

Tiberio.

Jota Logroñesa.

Tres cosas tiene Logroño pero las tres bien distintas, carlistas, republicanos y Sagasti-fusionistas.

A la jota jota de los rivales, que aunque son muy fuertes todos son mortales.

Los carlistas son guerreros, no tienen miedo á la estaca, y se matan con cualquiera por defender *borla* y *chapa*.

A la jota jota de los carlistones que su sangre prestan siempre á los *bombones*.

Los republicanos gritan y sufren mil desengaños, pero esperan con paciencia el triunfo de sus hermanos.

A la jota jota república llega y si eres honrada ven con barredera.

Los liberales hoy día pocos cambian de opinión porque saben que Sagasta regala muy buen turrón.

A la jota jota de los liberales que buen sueldo cobran con sus ideales.

De los logroñeses á la jota jota; ¡vivan los *ingleses*! que viva la rioja.

D.

MISCELANEAS

Un reo que se encaminaba hacia el patíbulo, pidió que le permitieran entrar en una taberna á tomar un cuartillo de vino.

Diéronle permiso, y una vez hubo satisfecho su deseo, encaróse al tabernero y le dijo:

—Compadre, no tengo suuelto, ya le pagaré á V. á la vuelta.

—¿Quién es ese hombre que anda tan estropeado?

—Es mi íntimo amigo, un excelente cantante; tiene una voz... hace de ella lo que quiere.

—Pues dile que haga de ella siquiera un pantalón, que buena falta le hace.

Una enamorada decía á su novio:

—¿Quién fuera tu reloj!

—¿Por qué, hija mía?

—Porque estaría constantemente junto á tí.

—No lo creas: Si tú fueras mi reloj irías muy á menudo á la Casa de Préstamos.

—V. ha estado en Londres?...

—Sí señor.

—¿Y qué es lo que más le gusta á V. de aquella ciudad?

—La niebla.

—¿Por qué?

—Porque gracias á ella, no se ven los *ingleses*.

CARÁ-CULA.

¡ A H !

—¿Quién vive?

—España.

—¿Qué gente?

Así hablaban dos truhanes haciendo unos ademanes que cantaban tristemente.

—Un hombre que diligente pasaba, y que les oyó, al pronto les encaró un trabuco que llevaba y con el cual el pensaba... ¡qué se yo lo que pensó!

—A esto un municipal perseguía fiero á un perro y el perro, como un becerro corría hacia el hospital.

Un sereno muy formal empezó á tocar el pito, un vecino dió un gran grito, un rayo, cruzó el espacio y se oyó desde un palacio: ¡Ya cayó V. en el garlito!

Fidel Ibarra. (CARÁ-CULA)

CANTARES

Me decían que eras pobre y lo mismo te quería; hoy me dicen lo contrario y por eso tu me olvidas.

Has vivido entre riquezas y rodeada de amantes; hey te ves en la miseria y no tienes quien te ampare.

Tan grande fué el sentimiento que tu muerte me causó, que apenas te dieron tierra no existía mi dolor.

Si supiese que al morir me eras mi sepulturera, le entregara el alma á Dios por estar junto á tu *vera*.

Mi niña como es morena de los rubios se enamora; y yo rubio, me *hago brasas* por las morenas graciosas.

MIGUEL ELIZONDO

LA JEREZANA. — Botillería de Luciano García, San Blas, 6, LOGROÑO.

Se venden ostras frescas superiores, vino blanco puro, para mariscos, toda clase de licores, refrescos y especialidad en vinos de Jerez.

Se recomiendan las ostras por su buena calidad y baratura.

EL CUADRO



JOSE ECHEGARAY

De la batalla al resplandor postrero
Formóse el cuadro en el feraz paisaje,
Y el general, rugiendo de coraje,
Quedó entre sus murallas prisionero.

De los caballos el turbión guerrero,
Avanzando con furia de oleaje,
Acometió colérico y salvaje
Los cuatro muros de punzante acero.

Llenóse el aire de clamores roncós,
Y, como rompe el huracán los troncos,
Rompió el cuadro el tropel abriendo mellas.

Sables y bayonetas se trabaron,
Y en la revuelta lucha simularon
Un retorcerse inmenso de centellas.

Salvador Rueda.

NOTA ARTÍSTICA



NÁUFRAGOS (Cuadro de J. Bárbara).

Rapidas

PESADILLA



QUEL maldito papel era terminante, y aún dudaba, sin embargo.

Creía imposible su desgracia.

¿Cómo Angela, su esposa idolatrada, aquella mujer á quien sacó de la miseria para ofrecerle, con su nombre, una posición brillante, aquélla á quien continuamente colmaba de delicadas atenciones, podía ser un sér abyecto, una mujer infame que pagara su amor con ofensa tan villana y asquerosa? No; esto no era posible. Dudar de ella era dudar de todo lo existente; era sangriento insulto que se infería á la más pura de las mujeres y á la más honrada de las esposas.

Aquéello no era posible.

El anónimo mentía descaradamente.

Quizás fuese obra de algún envidioso de su felicidad, de alguien á quien Angela despreciara, que quiso valerse de medios tan viles para empañar el azul del cielo de su dicha.

Esto era, indudablemente.

Pero, ¡qué torpe! No haber pensado antes en ello. ¡Y había dudado de aquella mujer! Se arrepentía sinceramente, y hasta estaba decidido á implorar perdón por tan injustificada duda.

Esta, empero, volviale á atormentar. ¡Si fuese cierto! Nada hay imposible en este mundo... ¡Qué desaliento le acometía en-

tonces! ¡De qué negros colores lo veía todo! Pero ¿á qué torturar inútilmente su imaginación con tan necias suposiciones?

Porque ella era inocente. De eso estaba él bien seguro... ¡Pondría las manos en el fuego!

Sentía necesidad poderosísima de verla para desterrar toda duda leyendo su inocencia en la mirada de aquellos ojos negros como la noche, bellos como la dicha; quería decirle que él era un mentecato. Haber dudado de ella... ¡Qué estúpido!

.....
¡Cómo! ¿Qué significaba aquéello? Oía su voz dulcísima y suave unida á la áspera de un hombre. Luego, ¡era cierto!

Cubrióse su rostro de mortal palidez. Oyó algo así como un chasquido... leve aleteo; un beso quizás... Sentía dolores agudísimos... ¿Iría á morir sin poder castigar á la infiel? ¡Ah! No; un esfuerzo, y la puerta cedería. Una nube rojiza pasó ante sus ojos; fué á abrir nerviosamente y...

¡Luego era un sueño! ¡Qué horrible pesadilla! Allí, en el mismo lecho, estaba ella. Su angelical rostro disipaba su última sospecha; y allí, en sus entreabiertos labios, posó los suyos como demandándole perdón por haber dudado de ella, aun en sueños.

¡Qué peso se le había quitado de encima!

César Pueyo.



Á UNA COQUETA

Oye: te voy á contar un íntimo sentimiento, y si aplicas bien el cuento mi pena podrás calmar.

Viajando una vez á bordo de un vapor con rumbo á Oriente me enamoré ciegamente, y á toda prudencia sordo, de una viajera alemana á quien por desdicha mía siempre á mi lado tenía por tarde, noche y mañana. Y aunque ella no me fué esquiva, ni era ingrata á mis carocas (que era, como he visto pocas, de risueña y expresiva), fué nuestro amor humo vano, y fué inútil nuestro afán, que ella hablaba en alemán y yo hablaba en castellano. Sonrisas que se cruzaban, miradas que se perdían,

flores que iban y venían y canciones que volaban; nada podía igualar por expresivo y sincero al idéntico «te quiero» que queríamos cambiar. Muy fácil nos fué el olvido, pues ni una frase cruzamos, y al cabo nos separamos sin habernos entendido. ¡Ay! Pero aquél fué pesar que al fin tenía su encanto, y no lo sentí yo tanto como el que tú me has de dar. Porque á tí, que en dulce frase de tu idioma, que es el mío, te pinto el amor que ansío que el duro pecho traspase; á tí, que con tal verdad te hablo y finges comprenderme, cuando crees responderme con igual sinceridad...

A tí jamás se te alcanza la diferencia que existe entre mi cariño triste y tu risueña esperanza. Tú amas para no olvidar tus hábitos de mujer, y yo porque hay en mí sér la necesidad de amar. Tú con frívola pasión haces á mi amor agravios, y es que tú amas con los labios y yo con el corazón. Esta sí que es pesadumbre y mal que temo no ataje, ni la igualdad del lenguaje, ni el tiempo, ni la costumbre. ¡Busca otra alma que vencer y agosta nuevas pasiones, que nuestros dos corazones no se pueden entender!

Eusebio Blasco.



La paz de los sepulcros.—El pájaro y el hombre.

En un pueblo de Italia ha ocurrido un suceso, que puede inspirar á un poeta alguna composición lírica ó dramática.

Hace pocos días un joven entró en el cementerio del pueblo con una cruz y un ramo de flores y se dirigió á la tumba donde yace una hermosa doncella, muerta hacia pocos meses.

Junto á la tumba hallábase otro joven que iba á su vez á colocar en ella una cruz y esparcir flores sobre la lápida.

—¡Eduardo! — exclama con furor el primero.

—¡Carlos! — replica el segundo.

Uno pretende ser el único, el otro también, que coloque una cruz y esparcir flores en aquella tumba donde yacía la mujer que ambos habían amado.

Se insultan, se amenazan y, al fin, armados de cuchillo, se acometen... y se hieren levemente, palidecen y se miran con espanto.

—¡Ah! ¿Querías morir por ella?... Te engañas.

—Eso deseabas tú también... y no he de darte ese placer...

El guarda del cementerio interrumpió esta terrible y romántica escena, á la cual pondrán término los Tribunales de justicia.

¡Celos *post mortem!*

El célebre naturalista Wood ha hecho el siguiente cálculo á propósito del apetito de los pájaros y de la cantidad de insectos y larvas que destruyen.

Un hombre que comiera en proporción á lo que *engulle* un pájaro, necesitaría un buey cada día para alimentarse.

Tomando en cuenta el volumen de un hombre de regular estatura y el volumen de un pájaro, dice aquel naturalista, resulta que, para comer el hombre tanto como el pájaro, necesitaría, en proporción, cada veinticuatro horas, un embutido de nueve pulgadas de circunferencia y de 67 pies de largo.

NUESTRO NÚMERO ALMANAQUE

SE PUBLICARÁ Á PRIMEROS DE
ENERO

Contendrá 16 páginas de texto y excelentes fotografías y será impreso en magnífico papel blanco. Además llevará una elegante y artística

CUBIERTA Á DOS COLORES

que llamará mucho la atención.

Colaboran en este número la *Plana Mayor* de los escritores y artistas.

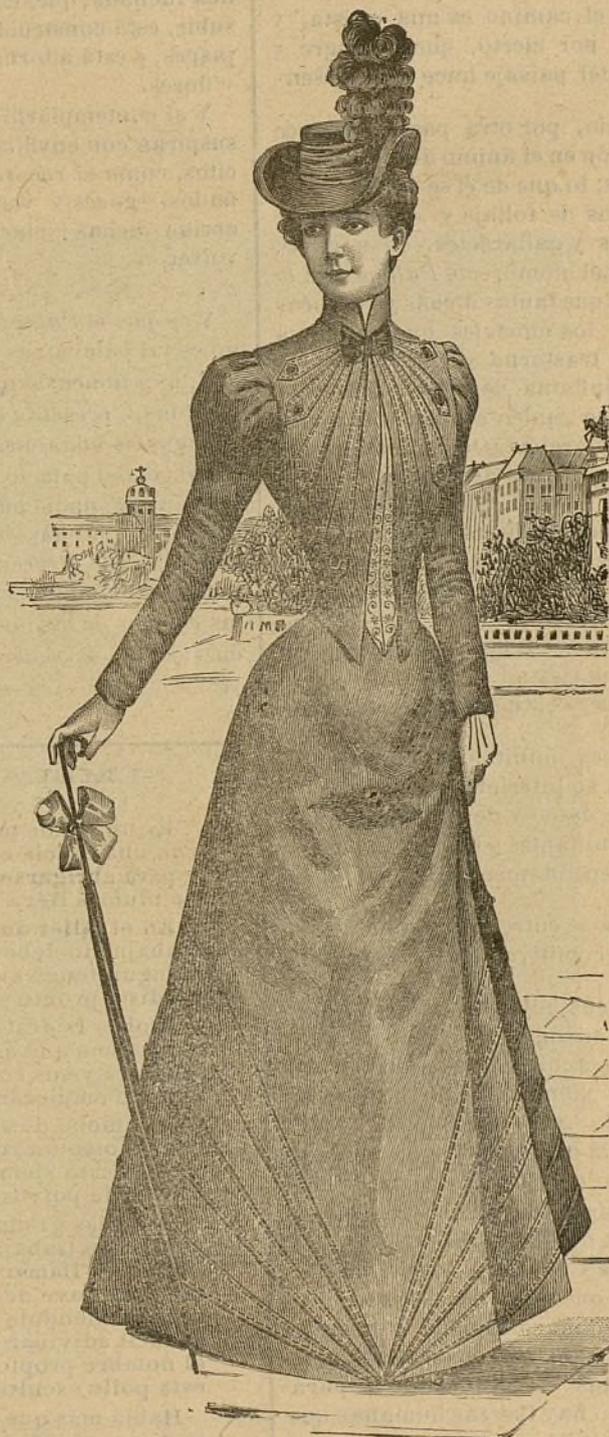
PRECIO... ¡CASI DE BALDE!

La Última Moda.— Aparece todos los domingos, publica tres ediciones. Con la primera reparte al año 26 figurines iluminados, 26 hojas de patrones, 144 planchas de dibujos, 12 hojas de labores, 4 de modelos de lencería y 26 suplementos artístico-literarios. Con la segunda edición reparte 52 patrones cortados, 144 planchas de dibujo, 12 hojas de labores artísticas y 4 de lencería. El precio de la primera ó de la segunda edición es 3 pesetas trimestre, 6 semestre y 12 un año; número corriente, 25 céntimos; atrasado, 50. Con la edición completa se reparten 25

figurines acuarelas, 52 patrones cortados, 26 hojas de patrones 12 de labores artísticas, 4 de lencería, 144 planchas de dibujos para bordar y 4 cromos de labores femeniles. El precio de esta edición es: trimestre, 5 pesetas; semestre, 10; año, 20. Número corriente, 40 céntimos; atrasado, 80. Las suscripciones por número pueden empezarse en cualquier época del año; las que se hagan por trimestres, semestres ó años, comienzan en principios de mes. Oficinas de *La Última Moda*: calle de Velázquez, 56, hotel. Madrid.

MODAS

Esta sección está á cargo de la elegante Revista *La Última Moda*



Traje para calle.— De paño verde musgo. Tanto la falda como el cuerpo están adornados con filas de pespuntos hechos con torzal negro, que sirven al mismo tiempo para sostener caprichosas aplicaciones de paño. Los delanteros del cuerpo se abren sobre un chalequito de raso blanco cubierto de bordados de seda negra. Mangas semi huecas. Sombrero de fieltro verde musgo adornado con un grupo de plumas del mismo color. Tela necesaria para el traje: siete metros de paño y 50 centímetros de raso.

EL PALACIO ENCANTADO.

Por el frondoso camino de *Las ilusiones* marchan, enlazadas las manos, grupos alegres de mozos y mozas.

Ellas adornadas de cintas y de flores ellos de flores y de cintas.

Todos con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

El cielo azul, sin una nube, se asocia al regocijo de los caminantes.

Estos van al *Palacio de la Felicidad*, cuya hermosa fachada corona la cima del camino.

Porque el camino es una cuesta, y empinada por cierto, que lo alegre y frondoso del paisaje hace menos sensibles.

El palacio, por otra parte, produce tal sugestión en el ánimo de los gozosos peregrinos; lo que de él se divisa, orlado de arcos de follaje y salpicado de colgaduras y gallardetes; su nombre, en fin, aquel nombre de *Palacio de la Felicidad*, que tantas dichas y venturas promete á los mortales que lleguen á habitarlo, trastorna del tal modo las cabezas é inflama de suerte tal los corazones, que ¿quién se queja de lo penoso de la marcha? ¿Quién nota apenas lo prolongado de la ascensión?

Y suben, y suben, riendo y cantando Ya se acerca al hermoso edificio.

La soberbia fachada, construída de mármoles y jaspes, y prolongándose por sus dos lados á uno y otro del horizonte, impone á los viajeros con su grandiosa majestad.

¡Qué riquezas inmensas no atesorará tal palacio!

¡Qué goces infinitos no podrán disfrutarse en su interior!

Locos de deseo y de entusiasmo llegan los caminantes á la dorada puerta, y llaman repetidamente con su alabón sonoro.

La puerta se entreabre, dejando paso á la alegre comitiva, que se apresura á entrar.

Las doradas hojas se vuelven á cerrar por sí mismas.

Y los impetuosos asaltantes se encuentran... ¿dónde? En lo alto de un monte árido y yermo, en la ladera opuesta de la empinada cima sobre la que se eleva el «Palacio de la Felicidad», cuya fachada posterior se ofrece ahora á sus ojos atónitos.

Suspensos y confusos, sin conceder crédito á lo que ven, creen soñar.

Quiere llamar de nuevo por aquel lado del palacio; pero es en vano.

Las puertas se han cerrado para siempre y no hay fuerzas humanas que no puedan abrirlas.

Después de cansarse inútilmente sin que nadie les oiga, les es forzoso emprender la penosa bajada.

Chasqueados en su empresa, marchan ahora por la cuesta abajo de los «Recuerdos».

Pero todo ¡cuán distinto de la ladera opuesta!

Ahora el país es agreste y monótono. Los viajeros se encuentran cansadísimo, y es que han envejecido muchos años.

El cielo gris deja caer lentamente los blancos copos del invierno.

Y—¡cosa rara!— sin duda lo nieve, al caer sobre sus cabezas, les ha paralizado la memoria, pues sin recordar ya el chasco que se llevaron en el palacio encantado, vuelven los ojos hácia atrás para ver y admirar su magnífica fachada, que, como la que veían al subir, está construída con mármoles y jaspes, y está adornada de gallardetes y flores.

Y al contemplarlo con ojos apagados suspiran con envidia los pobres viejecitos, como si recordasen—¡qué engañados!—goces y venturas disfrutados arriba, dichas y placeres que no pueden volver.

Y es que el *Palacio de la Felicidad* no es tal palacio: es tan sólo un paredón, una inmensa muralla que, sin tener fondo, presenta en sus dos caras dos iguales engaños.

Dentro del palacio encantado nadie puede vivir, nadie puede animar; pero, en cambio, no hay vistas tan hermosas como las que ofrecen sus dos grandes fachadas, cuando se contemplan desde las cuevas de las ilusiones, ó desde la cuevas de los recuerdos, que no son—¡ay!— más que otra especie de ilusiones.

R. C.

SEMBLANZAS.

Es una linda morena con una gracia especial, y para abrigarse el cuello de plumas lleva un collar.

En el taller de la Isidra trabajando debe estar, y según tengo entendido modista pronto será.

¡Pobre Isidra! la paciencia se te tiene que agotar con esta y sus compañeras cuando empiezan á cortar.

Usa moño de abanico, canta como un ruiseñor y en la cara siempre lleva la mar de polvos de arroz.

Se dá las grandes carreras al salir de trabajar, por eso la llaman *ave* mas no es *ave* de corral; y posponiéndole *lina* es fácil adivinar el nombre propio que tiene esta polla escultural.

Habla más que una cotorra; su *tijera* es infernal ¡desgraciado! al que le toque hacerle un traje ó gabán; tan perfecto se lo saca que ni *Cesáreo Aragón*, hizo mejor la sotana que exhibió en la Exposición.

*

Mucho más bajo que alto tiene un carácter jovial, y en la calle de Espartero su morada encontrarás. Soltero y sin compromiso tiene ya sus treinta y tres, ¡ponerle cebo, pollitas! que entrará pronto en la red.

Usa polvos de coral y elixir *Benedictino*, pues en asearse gasta el haber de su destino.

Es de modesta familia, y su asidua aplicación, le propinó una carrera de Ingeniero de región. Conoce bien la bellota, el hayuco y el almendro y manejando la brújula hace vértices por cientos.

La cuna que le mecía en Logroño debe estar y tan *casto* es el muchacho que no llegará a pecar, si su estado no varía el precepto ¡castidad!

Tiene un cúmulo de amigos por doquiera donde va, pues su trato es tan afable que pronto hace sociedad.

FORESTAL.

Es regular de estatura buena presencia á mi fé, es la bella criatura que os doy á conocer.

Viste de luto hace tiempo se murió su ser querido y en materia de instrucción la susodicha, es périto.

Pestañas y cejas negras de oro fino sus cabellos con seguridad no hay tanta hermosura en los cielos.

Cerca del Puente de Piedra bajar y subir la veo y desde luego yo creo que allá tiene su vivienda.

Es parecido á «Pichón» su apellido tan celeste no tienes mas que cambiar en lugar de CH. la S.

A. Diaz.

CAFE UNIVERSAL

Grande y variada función para esta noche, á las ocho y media.

PEDID EN CAFES Y TIENDAS DE ULTRAMARINOS el exquisito licor CALISAY, tónico aperitivo.

Los pedidos, dirijanse al Representante en Logroño y su provincia, Antonio de la Calle, Muro de las Escuelas, núm. 22.—LOGROÑO.

CHARADA.

Mi *total* sin la *primera*, en los buques vé cualquiera;

Es mi *todo* sin *segunda* un mueble que mucho abunda;

Cuando el tren *todo* sin *tres* la Estación ya cerca ves.

Y un político es *total* con partido.....

Sandoval.

La solución en el número próximo.

CAFE DEL SIGLO

Grandes funciones á las cuatro de esta tarde y á las ocho y media de la noche.

Imprenta de Merino.—Logroño.